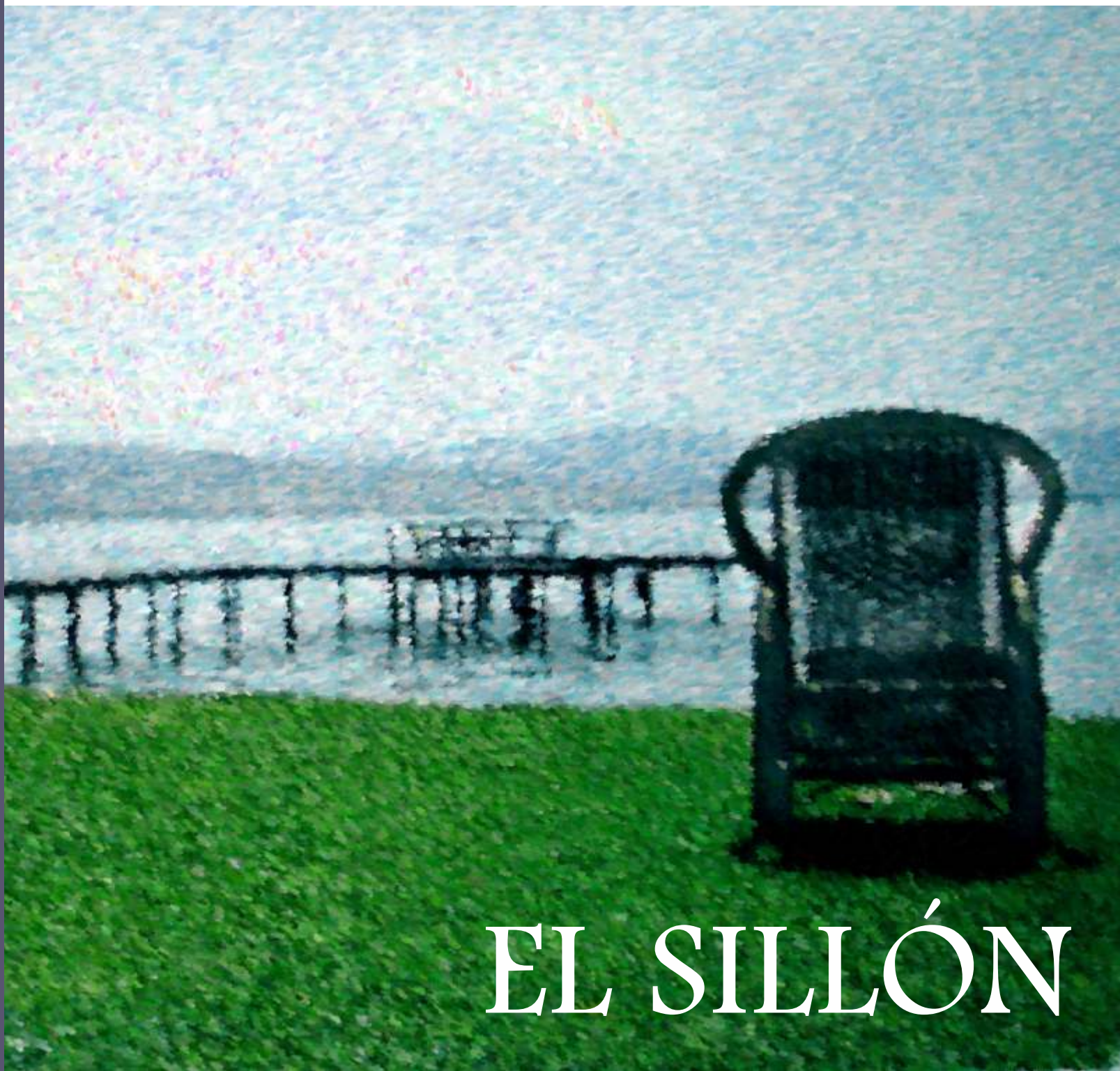


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL SILLÓN

Fernando Olavarría Gabler

42



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL SILLÓN

Fernando Olavarría Gabler



EL SILLÓN

 Anna estaba de vacaciones.

Sus estudios de cuarto año de medicina habían terminado y llegaba el verano ofreciendo un merecido descanso.

La familia había decidido arrendar una casa en las orillas del lago Rapel por un precio bastante aceptable, porque la casa era primorosa; un blanco chalet de un piso rodeado de un espléndido jardín con flores multicolores y un prado de césped bien cuidado que llegaba hasta la orilla del lago. Desde allí emergía un pequeño muelle de madera que, después de recorrer algunos metros sobre el agua, terminaba con la presencia de un estupendo sillón de mimbre, provisto de un amplio respaldo que se curvaba hacia delante y hacia los lados como una concha, para así proteger al que se sentara en él, del viento y del fuerte sol de esa región.

-“Es muy agradable sentarse en este sillón y observar las aves que pasan volando al atardecer”- dijo el dueño de la casa cuando la mostraba a los nuevos arrendatarios. La familia de Anna estaba encantada. El jardín era bellissimo, pero lo que no sabía Anna y su familia, que estaba encantada con la casa, que la casa estaba también encantada, porque su dueño era un mago, que la ofrecía en arriendo por dos meses porque no partía al extranjero sino a la galaxia Epsilon 2, 3 beta. ¿En qué lugar del firmamento está situada dicha galaxia? No me preguntes a mí sino al brujo. Los quince días terrestres que se demoraba el mago en llegar hasta allá, y otros

quince para volver, si quisiéramos seguirlo con nuestros propios medios, nos demoraríamos dos y medio años luz de ida y otros tantos de vuelta. Así que, es mejor que nos quedemos en el jardín de la casa encantada, disfrutando de las flores y de la compañía de Anna que, ahora sentada en el mágico sillón, ha dejado el libro de medicina en el suelo y contempla relajada el hermoso paisaje del lago.

Rapel es un lago artificial creado por una represa que transformó al valle enclaustrado entre los cerros, en un gran lago. En sus orillas se vendieron los terrenos donde posteriormente se construyeron hermosas casas de veraneo cuyos dueños, aficionados a los deportes náuticos, practican el esquí acuático, navegan en embarcaciones a vela y también se dedican a la pesca.

Anna pensaba que si ese lago había sido un valle agrícola, seguramente en el fondo deberían existir casas y bodegas de un antiguo fundo.

La resolana era fuerte y Anna cerró los ojos y se quedó dormida.

De improviso oyó que la llamaban desde el lago.

-¡Anna! ¡Anna!

Despertó sobresaltada y vio frente a ella una gran barca de color blanco, similar a una balsa, pero con tres pisos, que pasaba lentamente frente al muelle donde estaba ella. Desde uno de los

EL SILLÓN

balcones del segundo piso estaba asomado un solitario personaje, alto, flaco y sonriente. Era él el que la llamaba.

-¡Anna! ¡Bonna sera! ¿Quieres venir conmigo a pescar pejerreyes?

Anna se puso de pie sorprendida. Se restregó los ojos. ¿Estaría soñando? ¿Cómo ese extraño personaje sabía su nombre?

-¡No! ¡Muchas gracias! ¡Se lo agradezco!- respondió Anna con fuerte voz.

-¡Adiós!-se despidió el navegante.

-¡Adiós!- respondió Anna con una sonrisa en sus labios. El personaje le había caído simpático y la embarcación era extravagante, casi ridícula.

Se alejó lentamente hacia el Oeste hasta desaparecer detrás de una entrada de tierra en el lago.

Anna cogió su libro de medicina y giró el sillón hacia el jardín para complacerse con el colorido de las flores.

Aún tenía presente la imagen de la embarcación de tres pisos y al solitario navegante cuando de súbito se abrió la puerta del living que daba al jardín y se oyó una alegre música estrepitosa.

Salieron bailando en fila y con pasos cortos, veinte primorosas mujercitas con vestidos de bailarinas de Can Can y se pusieron a danzar frente a ella. Saltaban, reían alegremente y hacían

mil pasos con gran elegancia y armonía. Sujetas con los brazos sobre los hombros levantaban las piernas y después se repartían en tres filas adelantándose entre las rosas del jardín. La música continuaba con gran intensidad y Anna, estupefacta con tanto bullicio alegre se preguntaba de dónde provenían estas pequeñas muñequitas. Quizás el dueño de casa tiene una hija y estas bailarinas se han dejado caer del estante de su dormitorio y han salido al jardín a divertirse. Las bailarinas habían salido de su escondite entre las plantas y ahora nuevamente se habían formado en fila y bailaban los compases finales.

-¡Bravo! Aplaudió Anna entusiasmada ¡Bravo!

-¿Ustedes son las muñecas de la hija del dueño?

-¡Nosotras no somos muñecas!- respondieron al unísono.

-¡Somos bailarinas de la Boutique Fantasque!

-¿La boutique Fantasque? ¿Es un cabaret que hay por aquí en el lago?

Las pequeñas mujercitas rieron todas y luego respondieron:

-¡No! ¡No!. La Boutique Fantasque no es un cabaret. Es una danza que compuso Ottorino! ¡Ottorino Respighi!

-¡Ah! Comprendo- balbuceó Anna, por decir algo, porque nada entendía lo que estaba sucediendo.

Las pequeñas niñas se retiraron silenciosamente en puntillas y desaparecieron por la puerta abierta del living.

EL SILLÓN

Atardecía.

Anna observaba cómo las aves volaban en el horizonte y se dirigían a sus dormitorios para pasar la noche.

De pronto, a lo lejos, se oyó un ruido de motor que no era el habitual de las rápidas lanchas que pasaban a menudo frente a ella llevando a los esquiadores. Era un motor de roncas revoluciones y se escuchaba poderoso. Anna vio una sombra negra y larga que avanzaba lentamente. Le llamó la atención que en el centro sobresalía una torrecilla con un periscopio. Sí. Era realidad lo que observaba. ¡Era un submarino!

En la popa flameaba una bandera blanca atravesada por una cruz negra, y el cuadrante superior izquierdo estaba adornado por tres bandas horizontales, una roja, una blanca y una negra, y en el centro una cruz gamada. La bandera lucía hermosa y señorial al atardecer.

En la torrecilla, con la escotilla abierta, estaba asomado un marino a mitad de cuerpo. Llevaba una gorra sucia y su barba rubia recortaba un rostro pálido.

Dirigiéndose a Anna le gritó:

-Guten Abend!

-Wissen Sie Wie ich hier heraus kommen kann?

Anna estaba fascinada. Muda de emoción...

-Eh! Gnädiges Fräulein! hören Sie mich?

-Wissen Sie wie ich hier heraus kommen kann?

-¡No sé hablar alemán!- gritó Anna.

-¡No entiendo lo que usted dice!

El marino sonrió, se encogió de hombros y la saludó militarmente. Luego se alejó para desaparecer en el horizonte.

Anna recordaba esa bandera. La había visto en una lámina en colores en la colección de libros “El Tesoro de la Juventud” que había pertenecido a su bisabuela. Esa bandera correspondía a la Alemania del Kaiser Guillermo II, y entonces... el submarino era de la Primera Guerra Mundial. ¡Sí! ¡Estaba segura!. Entonces ¿qué estaba haciendo ese submarino en el lago Rapel?

Era ya de noche. De la puerta abierta del living se oyó una suave melodía. El reloj estaba dando diez campanadas. La música era hermosa, suave, cautivante. Anna se sacó los zapatos y comenzó a bailar sobre el césped. Se imaginó que bailaba con su capitán del submarino. Danzaron unidos, juntos, abrazados en silencio. Él era un poco torpe para bailar y trataba de no pisarle los pies desnudos, pero no pudo dejar de aplastarle uno.

-Bitte entschuldigen Sie mich! -le dijo cortésmente. Pero

EL SILLÓN

Anna estaba feliz, en un éxtasis de amor hacia el fantasmagórico personaje. Sus manos eran rudas y fuertes y su uniforme despedía un fuerte olor a aceite.

Probablemente se lavan las manos, los dientes y la punta de la nariz, y no se cambian de ropa durante meses cuando están debajo del agua encerrados en el submarino -pensó Anna. Pero no importa, la música es deliciosa, y mi Capitán es tremendamente atractivo... De improviso la música terminó y Anna se quedó parada con los brazos en alto y con un pie en el aire listo para un compás que no llegó. Se encontró sola en el jardín. La música, el sueño despierto, el capitán y el vals habían terminado.



La mañana estaba luminosa. El verde de las plantas del jardín lucía magnífico.

Sonó la campanita de bronce de la puerta de rejas.

Anna se levantó del sillón.

-¿Hay alguien en casa? Se escuchó una voz femenina que venía de la calle.

-¡Ya voy! Dijo Anna en voz alta y abrió la puerta. Apareció una mujer hermosa, de grandes ojos azules y de cabello rubio

encanecido. Lucía un lindo vestido de falda larga hasta media pierna, de un color celeste gris perla. En su mano izquierda llevaba plegado un quitasol de color rosa seca con florcillas blancas.

-Buenos días. ¿A quién busca? Indagó Anna.

-Mi querida Anna- dijo la mujer, sin presentarse y avanzando hasta sobrepasar a Anna. Vengo a visitar el jardín. Siempre acudo aquí, donde mi vecino. Yo vivo un poco más allá, en esa casa rosada de tres pisos. Supongo que te ha llamado la atención. Es muy confortable y hermosa por dentro.

Anna no sabía qué responder porque no había visto por los alrededores ninguna casa así descrita por la extraña dama.

-Permíteme querida, visitar las flores; y avanzando por el sendero hacia el jardín dejó atrás a Anna que quedó parada con la puerta de calle abierta y ella misma con la boca abierta.

-¡Oh! ¡Qué hermosas están, Anna! ¿Las riegas todos los días? ¿Sí? Mira esas *Echium Fastuosum* ¡Qué bellas! Y abriendo un bolso que llevaba colgando del brazo que portaba el quitasol, sacó una tijera y empezó a cortar las flores.

-¡Espere!- dijo Anna alarmada, pero la señora como si no la oyera siguió avanzando por entre las flores nombrándolas por sus nombres científicos. Mira esas *Celosia Argentea*. ¡Soberbias!, y estas *Orchidides Bailey*. ¡Sublimes! ¿No te parecen magníficas, Anna? Y estas *Lopageria Rosea* ¡qué lindura! (estas últimas eran

copihues que estaban colgando del tronco de un árbol).

La dama cortaba las más bonitas y las echaba en el bolso. Anna estaba espantada pero no atinaba a decirle nada a esta avasalladora y mágica señora que decía con tanta soltura los nombres de las plantas en latín.

Cuando terminó de recorrer el jardín y tuvo el bolso lleno de flores que sobresalían de la boca del bolso, regresó donde Anna que la contemplaba contrariada y sin hablar.

-Mándale mis cariños a Edigubácalo. Espero que regrese sin contratiempos de su viaje.

¿Quién es Edigubácalo?, se atrevió a preguntar Anna, ya más repuesta de su enojo al observar que la dama se despedía.

-Edi es el dueño de esta casa, ¡hijita! ¿No lo sabías? Él siempre me da permiso para cortar algunas flores. ¡Adiós! No te aflijas por lo que has presenciado porque manejo esta situación con gran soltura. Diciendo esto, apuntando con el quitasol hacia las flores, lo abrió de súbito y las que estaban ausentes aparecieron rápidamente desde los tallos cortados.

Anna dio un pequeño grito de asombro. Quiso preguntar algo a la señora pero ésta había desaparecido después de cerrar la puerta de rejas.

Anna corrió hacia allá. Abrió la puerta pero nadie había en la calle. Picada por la curiosidad avanzó por la calle polvorienta para

averiguar dónde estaba la casa rosada de tres pisos que había dicho la señora, pero no encontró casa alguna que se le pareciera. Consternada, dio media vuelta y regresó lentamente, cabizbaja.

No entendía todo lo que le había pasado en esos pocos días de veraneo. ¿Acaso el sillón donde se sentaba, era mágico? ¿O el té o el café que estaban en el estante de la cocina tenían poderes alucinógenos? No. Imposible; porque sus hermanas que disfrutaban del mismo café no les acontecía nada raro. En esas cavilaciones estaba cuando oyó a sus espaldas el ruido de un coche y las pisadas de un caballo que avanzaban hacia ella. Se corrió a una orilla para dejarlos pasar y el coche se detuvo a su lado. Era un cabriolé negro con ruedas del mismo color que estaba tirado por un hermoso caballo rosillo. Sobre el coche había un extraño personaje. Era un hombre alto y flaco, de cara alargada y nariz ganchuda con una naciente barba canosa sin afeitarse. Lucía un sombrero alón y una levita tan negra, como las ruedas del coche. En su mano derecha portaba un látigo.

-Buenas tardes Anna- saludó levantando un poco el ala del sombrero.

Anna no soportó más. ¡Todo el mundo la llamaba Anna, como si la conocieran desde bastante tiempo y ella no conocía a nadie! Sin responder al saludo preguntó descortésmente: ¿Cómo sabe mi nombre? ¡Yo no lo conozco a usted! Jamás lo he visto y no sé quién

es.

El viejo sonrió y con un ademán de calarse el sombrero respondió que era el encargado de los pequeños del barrio. Anna no comprendió esa explicación. En un instante pensó que estaba al lado del profesor de la escuela rural pero no se atrevió a preguntar más. Luego recapacitó y le dijo al hombre huesudo ¿quiénes son “los pequeños del barrio”?

-Son muy traviosos- murmuró el hombre flaco. Espero que no hayan entrado a su casa. Les encanta jugar en la cocina, lanzar las ollas al suelo, rompen platos y tienen predilección por deslizarse por los alambres donde está la ropa tendida.

-Se me han escapado nuevamente.

-Adiós.

Diciendo esto le dio una orden a su caballo para que empezara a caminar y el coche se perdió a la vuelta de la esquina.

Anna se dirigió a su sillón predilecto, al final del muelle, y se puso a estudiar el tema de colitis ulcerosa.

Eran las tres de la tarde, sus ojos se cerraron y se quedó dormitando. Una suave brisa venía del lago. Algunos insectos zumbaban en el jardín. A lo lejos se oía el ruido de una lancha que se dirigía quizás a qué lugar.

El silencio era casi absoluto. Se le cayó el libro de la mano y no

tuvo intención de recogerlo. Estaba tan bien así. Un descanso ideal acompañado de un sopor y una gran paz espiritual. De pronto se oyó una música estridente que la hizo erguirse sobresaltada con los ojos bien abiertos. Aparecieron decenas de pequeños duendecillos vestidos de negro que se deslizaron por los alambres donde estaba tendida la ropa secándose al sol. Se colgaban de las mangas y de los tirantes para luego saltar al pasto. Uno de ellos, portando una pequeña corneta dorada, los invitaba con sus toques a seguirlo a la cocina.

¡Tararí- tararí, por aquí!

Los duendecillos lo seguían presurosos y se introdujeron por la ventana abierta del repostero. Anna oyó cómo lanzaban las ollas al suelo haciendo gran estruendo, y los platos se quebraban en las baldosas. Algunos cubiertos salían volando por la ventana. Anna estaba escandalizada ante la puerta de la cocina pero no se atrevía a entrar por temor a que le dieran con un plato en la cabeza.

De pronto todos ellos salieron por la puerta, seguidos por el duendecillo de la trompeta que tocaba a zafarrancho sin cesar ¡Tararí! ¡Tararí! ¡Por aquí! Llegaron donde Anna y trataron de empujarla. Algunos saltaban felices, eran saltos enormes en relación al tamaño de sus cuerpecitos, porque llegaban casi hasta los hombros de la muchacha. Anna, atemorizada, corrió por el muelle hacia el sillón y una vez sentada en él, con las piernas encogidas se

EL SILLÓN

sintió más protegida. Todo inútil. Los duendecillos, tomando el sillón en vilo, corrieron por el puente y dándole tumbos zarandeaban a Anna hasta que llegaron al prado. Estos deben ser “los pequeños del barrio” pensaba Anna mientras daba tumbos dentro de su apabullado sillón. Anna no daba más. Temía caer de bruces sobre el pasto con el pesado sillón encima de ella. ¡Bastaa! -gritó desesperada- ¡Bastaaaa!..

Los duendecillos se detuvieron y la miraron en silencio con caras de asombro. Basta, repitió Anna ya más calmada.

-¿Porqué se comportan así? ¿Acaso ustedes son los pequeños del barrio? ¿Ah?¿Son ustedes? ¿Pequeños duendecillos? ¡Respondan!... ¿No pueden contestar?

Los duendecillos permanecían mudos y con los ojos bien abiertos; entonces, el que portaba la corneta hizo un ademán con su brazo y todos corrieron silenciosamente y desaparecieron en la verja del jardín.



Anna estaba almorzando con su familia cuando sonó la campana de bronce de la calle.

Alguien te busca, dijo una de sus hermanas que había ido a ver quién era.

-Supo que eras estudiante de medicina y me dijo si podías medirle la presión arterial.

-¿Dónde está?

- En el jardín.

-Hazla pasar al living.

Anna se levantó y fue a buscar a su dormitorio el esfigomanómetro y su fonendoscopio.

Se encontró frente a una mujer joven que le solicitaba que le efectuara un examen médico de salud. Cuando Anna le ajustaba el manguito del esfigomanómetro, se preguntaba por qué esa persona había elegido la hora de almuerzo para visitarla. Mientras le tomaba la presión se dio cuenta de que su piel estaba amarilla. No había duda de que estaba ante la presencia de una enfermedad hepática.

-¿Se ha sentido bien en este último tiempo?

-Sí- respondió la mujer lacónicamente. El motivo de molestarla es que necesito un certificado de salud porque postulo a un trabajo como manipuladora de alimentos.

Mientras la paciente le decía esto Anna observó que tenía un iris de color pardo y el otro azul. Decidió continuar el examen físico

auscultando el corazón pero no encontró latidos cardíacos.

-No los encontrará ahí, observó la mujer, porque tengo “situs inversus”. Mi corazón está situado al lado derecho.

-¿Y también está al revés su hígado?, preguntó Anna.

-Sí. También, al lado izquierdo.

Anna cambió de lugar la cápsula del fonendoscopio y la mujer se arregló el escote, entonces Anna pudo constatar que su mano tenía seis dedos.

Es increíble -pensó- tantas las anomalías congénitas que tiene esta mujer. No parece de este mundo.

-¿Cómo le ha salido la orina? ¿Oscura?

-No- dijo la mujer. Usted me está preguntando por la ictericia. Lo que pasa es que tengo un síndrome de Dubin Johnson. Usted muy bien sabe que es una anomalía que produce ictericia sin que realmente sea una enfermedad. En un principio los médicos confundieron esto con una hepatitis y me mantuvieron seis meses en cama sin resultado curativo alguno.

-Es asombroso todas las anomalías que tiene usted, sin embargo está sana. Supongo que el ombligo no lo tiene en la espalda.

No. Está adelante, en su lugar -respondió la mujer; en el centro de los cuatro pezones de ambas líneas lácteas. Pero no me va a creer, soy la única mujer que tengo dos esófagos.

Anna escribió el certificado. La examinada se encontraba en buen estado de salud y no padecía de enfermedad alguna, y ¡no había mentido!

¡Apúrate Anna que están por llegar!

Eran sus hermanas que estaban listas para ir a la fiesta de final de veraneo.

La juventud que pasaba las vacaciones en las orillas del lago, se reunía en una discoteca como despedida de la temporada de verano. Se llegaba en lancha o en automóvil por un camino mal cuidado. Algunos hijos de ricos empresarios aterrizaban en helicópteros sobre una cancha de fútbol vecina a la “boite”.

Las hermanas de Anna habían hecho amistad con unos jóvenes que las pasarían a buscar en una lancha deportiva.

Anna no tenía deseos de ir a la fiesta. No había tratado de obtener amistad en el lago y el ambiente festivo le provocaba algo de miedo. De malas ganas decidió “vestirse a la antigua” con una falda verde y una blusa blanca. Esto era a la inversa de las demás muchachas que vestían a la moda con pantalones ajustados y blusas cortas, que mostraban desnuda la parte inferior del vientre, incluyendo el ombligo.

Se oyó el ruido de un motor. Era la lancha que había disminuido de velocidad y estaba atracando en el muelle.

EL SILLÓN

Las tres muchachas se embarcaron y la lancha, empujando la proa como un caballo brioso partió a gran velocidad.

Era placentero el viaje en la noche con las cabelleras desordenadas flameando al viento fresco que daba en la cara. En la oscuridad de la orilla se destacaban las luces de las casas escondidas en la penumbra.

Llegaron a la discoteca.

Un avión de tamaño natural, hecho artificialmente como adorno, estaba caído oblicuamente en picada semidestrozado en el techo de la discoteca “Kamikasi.”

Las ventanas estaban plenas de luz y la música se escuchaba desde lejos a gran volumen.

El embarcadero estaba repleto de lanchas y costó encontrar un lugar para desembarcar. Finalmente lo lograron pero tuvieron que caminar bastante para llegar a la discoteca.

La fiesta estaba “que ardía”.

Anna finalmente había decidido ir porque no perdía la esperanza de encontrar a algunos de los extraños personajes con los que se había encontrado en el jardín de su casa.

Se acercaron unos muchachos y se pusieron a conversar con los que habían invitado a sus hermanas. Uno de ellos le preguntó a Anna si venía ella también en la lancha de sus amigos. Anna respondió afirmativamente con un gesto- ya que la música muy

fuerte sólo permitía conversar casi a gritos. El muchacho que portaba un vaso en una mano le preguntó si quería beber algo. Anna aceptó y el muchacho desapareció entre los bailarines y volvió con otro vaso que contenía un líquido incoloro.

-Es vodka con agua tónica- dijo, y se lo ofreció.

Anna bebió un sorbo que le disolvió la timidez y casi le disuelve el páncreas.

Se sintió alegre. El ambiente pleno de energía, con una música cuyo ritmo machucaba los sesos, lo encontró más aceptable.

El muchacho la invitó a bailar, y dejando ambos vasos en una pequeña mesa que había en una esquina, comenzaron a saltar como baila la juventud en el año 2005, uno frente al otro, sin tocarse, al ritmo de una música infernal.

Anna llamaba la atención porque era la única muchacha con faldas en esa reunión. Pero no le importaba. El vodka había hecho su efecto. Para decir mejor: Le importaba, porque era la única mujer con faldas en la discoteca y atraía la atención de todos, y también de todas, que la observaban con cierto desdén.

La música terminó, para empezar algunos segundos después con otro ritmo y ambos jóvenes fueron al rincón donde estaban los vasos.

-¿Tú vives en la casa de los fantasmas?- preguntó el muchacho.

EL SILLÓN

-¿En la queeé? -contrapreguntó Anna con un gesto hosco.

-La casa de los fantasmas.

-¿Porqué la llamas así?

-Dicen que en esa casa aparecen espíritus. Supongo que tú no eres uno de ellos. Deja pellizcarte.

-Los fantasmas de esa casa también pegan cachetadas- replicó Anna.

El joven sonrió. Ya vengo -dijo- y se fue a conversar con otro grupo.

Anna estaba desilusionada. La habían dejado plantada en un ambiente que no le agradaba en absoluto. No conocía a nadie. Deseaba fervientemente regresar a casa, para dormir placenteramente en su cama tibia y acogedora.

De improviso, entre el humo de los cigarrillos y las luces de los focos laser, divisó en la penumbra una cara que le era conocida. Sí. Allá en el otro extremo, en el umbral que daba a la noche ¡estaba su capitán! Le sonreía y parecía invitarla. Anna, como hipnotizada, avanzó tropezando con las parejas de bailarines hasta que llegó frente a él. Llevaba un elegante uniforme de marino y su gorra ya no estaba manchada con aceite. Su rubia barba parecía más limpia y su blanco cuello almidonado lucía impecable. Sus ojos azules sonreían bondadosamente.

Anna se acercó tímidamente. Percibió un suave aroma de agua

de colonia 4711.

-¿No quieres entrar?

-No. Vengo a despedirme.

-¿Te veré otra vez?, preguntó Anna.

-No- Contestó el marino con tristeza. Sus ojos se angustiaron y un nudo en la garganta le quebró la voz.

Ambos se abrazaron. Anna sintió un amor inmenso hacia ese hombre. Lo amaba con toda su alma. ¡Con pasión! Haría cualquier cosa por él.

Se besaron apasionadamente. Se acariciaron, y ahítos de placer juntaron sus rostros en un abrazo eterno.

Luego se separaron.

-Adiós- dijo el hombre.

-No me dejes. Te amo. Desde que te vi no puedo dejar de pensar en ti.

-Adiós mi pequeña Anna. Algún día nos encontraremos. No sé dónde ni cuándo.

El marino se alejó. El submarino estaba atracado en uno de los muelles. Amanecía. Muchas lanchas habían zarpado de vuelta.

Sobre la cubierta había varios marinos formados. El capitán subió a bordo y el submarino se alejó lentamente hasta desaparecer en la niebla.

Anna se cubrió el rostro con ambas manos e inclinada hacia

EL SILLÓN

delante estalló en sollozos con gran pena...

¡Annie! ¡Annie! ¿Dónde te habías metido? Te hemos buscado por todas partes. Nuestros amigos están impacientes, nos tienen que ir a dejar.

Partieron todos en la lancha y llegaron al muelle. Una de las hermanas de Anna, al caminar por el muelle, tropezó con una tabla y casi cae al agua. Entre la risa general y algunos besos ardorosos de despedida la lancha finalmente partió veloz.

La hermana que casi se cayó al agua, estaba bastante mareada y la fueron a acostar entre risas y reprimendas.



Anna despertó de súbito. Alguien había saltado a los pies de su cama. Alzó la cabeza y vio a un perrito foxterrier que le movía la cola y la miraba con ojos pícaros. En su hocico tenía uno de los zapatos que Anna había dejado caer sobre la alfombra antes de acostarse a dormir.

-¡Deja ese zapato! ¡Qué lo vas a romper!

El perrito seguía moviendo la cola y le sonreía con los ojos.

-¿De dónde saliste? ¡Entrégame el zapato! Anna se incorporó en la cama y trató de arrebatárselo pero el perrito insistía en que el zapato era su juguete y no lo soltaba.

Después de algunos esfuerzos Anna logró sacárselo y entonces el foxterrier saltando hacia la alfombra agarró una media y salió corriendo hacia el jardín. ¡Entrégame esa media!, gritó Anna corriendo a pie desnudo y en camisa de dormir. El perro corría en círculos en el prado y Anna no lo podía alcanzar. Finalmente logró agarrar la media por un extremo y ésta se desgarró.

-Requiem para una media- dijo Anna y dejó que el perrito siguiera jugando con ella.

Cuando se dirigía de vuelta a su dormitorio vio que algo blanco resaltaba cerca del sillón. Qué otra cosa habrá sacado este perrito del dormitorio, para jugar con ella y romperla -se dijo Anna, y se aproximó al sillón. En el suelo había un sobre dirigido a su nombre. Lo abrió y se encontró con una esquila que decía:

Querida Anna:

Sabía que sería muy doloroso para ti el volver a verte, pero me era imposible dejar de hacerlo antes de partir.

Pase lo que pase te amaré siempre. Tú has sido y serás la

EL SILLÓN

*única mujer de mi vida.
Te querré eternamente*

Richard.

P.D. Esperamos llegar sin novedad a Bremen. Deseo que esta maldita guerra termine pronto para bien de la humanidad. Entonces, si aún estoy vivo, podremos disfrutar de nuestra felicidad.

Mayo, 1917.



Las vacaciones se habían terminado. El automóvil de la familia de Anna serpenteaba por un camino de tierra bordeando los faldeos de los cerros que daban al lago Rapel. Allá abajo las tranquilas aguas de la represa despedían a los veraneantes.

Detrás del automóvil se acercaba otro deportivo, a gran

velocidad. Se situó detrás del automóvil donde iba Anna y empezó a tocar la bocina repetidas veces, luego adelantó con gran rapidez y los pasajeros saludaron con las manos en alto.

-Son ellos - dijo una de las hermanas de Anna. Son los muchachos de la fiesta de anoche. El auto deportivo se perdió en una nube de polvo y el automóvil de Anna tuvo que disminuir su velocidad para no tragar más polvo.

A Anna todo ello no le importaba. Sus sentimientos estaban en el jardín de la casa, en el muelle y en el sillón de mimbre donde cerca de él había encontrado la carta que llevaba escondida en su pecho, como un tesoro. En ella estaban concentrados todos sus pensamientos, especialmente en la fecha de aquella carta...

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.